

HQN™

María de Castro

No Mires



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2015 M.D. G. Castro
© 2015 Harlequin Ibérica, S.A.
No mires, n.º 62 - marzo 2015

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-687-6122-0
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1. El duque](#)

[Capítulo 2. María](#)

[Capítulo 3. Reencuentro](#)

[Capítulo 4. Nocturnidad](#)

[Capítulo 5. El marqués](#)

[Capítulo 6. El pobre Manuel](#)

[Capítulo 7. La marquesa](#)

[Capítulo 8. Cádiz](#)

[Capítulo 9. La cacería](#)

[Capítulo 10. Hortensias, rosas y otras flores](#)

[Capítulo 11. Una cena y una cita](#)

[Capítulo 12. Paseos a media noche y confidencias bajo la ventana](#)

[Capítulo 13. Adivina quién](#)

[Capítulo 14. Conejos, perdices y otras piezas](#)

[Capítulo 15. Criaturas nocturnas](#)

[Capítulo 16. De amores y otros pecados](#)

[Capítulo 17. Hay que mirar bien](#)

[Capítulo 18. El perro del hortelano](#)

[Capítulo 19. El cazador cazado](#)

[Capítulo 20. Pretendientes](#)

[Capítulo 21. Visitas nocturnas](#)

[Capítulo 22. Una boda y un desmayo](#)

[Capítulo 23. María descubre al asesino](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Prólogo

Cádiz, Cortijo de Valleflorido, junio de 1800

—¡No mires!

Dos palabras, una frase escueta con un solo significado y un recuerdo que le reverberaría en la cabeza durante el resto de su vida. El muchacho hizo caso de la advertencia, al menos por esa vez, y continuó andando con paso ágil manteniendo la mirada al frente.

Ese día de verano, la mañana apenas había despuntado y el silencio casi les rodeaba por completo. No se oía más que el canto de algunos pájaros madrugadores en los cúmulos de brezo que rodeaban la enorme casa de campo, de la que habían salido hacía menos de un cuarto de hora.

Solo se escuchaba eso y el caminar, a ratos acelerado, de su perseguidora.

El niño no paró la marcha, siguió los consejos que él consideraba mucho más acertados por venir de alguien conocedor del ambiente extraño que ahora lo rodeaba. Haciendo oídos sordos a la presencia a sus espaldas, caminó durante otros quince minutos. Hasta que se adentraron en el pinar justo antes de que los iluminaran los primeros rayos del día que amanecía.

—Sigue sin detenerte —continuó martilleando la voz aflautada del otro muchacho, que caminaba a su lado con la elegancia desgarrada de un niño de doce años—. No te gires ni intentes mirar de reojo; si ve tu debilidad, jamás podrás librarte de ella. Hazme caso, Carlo, nada ni nadie

podrá hacer que regreses al mundo de los humanos después de que ella te haya devorado con su mirada...

La risa de Carlos resonó en el silencio que inundaba el amplio bosque de pinos, incapaz de aguantar la retahíla de bobadas que salía de la boca de su mejor amigo.

—¿Acaso es una bruja, Andrés? ¿O quizás se trata de esa Medusa de la que nos hablaron en clase de historia...?

—Tú riéte, Carlo —Andrés intensificó el uso del nombre sin la «s», enfatizando el ceñido acento andaluz que tanto cautivaba a su amigo—. Pero no digas luego que no te avisé. Te engañará con su aspecto inocente, y entonces, cuando menos lo esperes...

—¡Carlo! ¡Carlo! ¡Carlo! —repitió, por enésima vez, la voz a sus espaldas.

El muchacho paró su avance unos segundos, dejando que su amigo se adelantara unos pasos. Andrés, lastrado con algunas de las trampas para pájaros que pensaban colocar esa mañana de agosto, no pareció percatarse. Carlos enderezó los músculos de la espalda, hinchó los pulmones de aire y, sin soltar la carga de tres jaulas de madera, de poco más de un palmo cada una que él mismo llevaba de igual forma entre los brazos, se dispuso a girar hacia la voz, que en esos momentos volvía a repetir su nombre de manera lastimera.

—¡No! Ni lo pienses siquiera, evita que vea tus ojos, no observes su sonrisa sin dientes o... —insistió el muchacho del pelo rizado que, por unos segundos, soñó con haber conseguido su objetivo: tal vez Carlos resistiera un día más el martirio que los acosaba continuamente.

Si no todo un día, al menos media jornada.

O solo media mañana si era pedir demasiado. Eso era lo único que le había rogado a aquella tortura que a él mismo lo perseguía desde hacía cuatro años: que los dejara solos unas horas. Pero al parecer sus ruegos, y en especial los consejos dados a su amigo, habían caído en el saco más destrozado y roto que jamás había visto. Como se había temido, el muchacho iba a sucumbir.

Carlos permaneció recto, dudando entre la mirada casi aterrorizada que le devolvía Andrés y el leve murmullo a sus espaldas, que volvió a pronunciar su nombre, esta vez con el más leve de los ronroneos.

—Carlo...

Ni un movimiento en todo el esbelto cuerpo del muchacho de casi trece años. Nada que hiciera suponer a su interlocutora que estaba al borde del precipicio, justo a una pulgada de caer en sus redes.

—Carlo...

¿Lloraba?

La espalda de Carlos se estremeció. La mirada de Andrés se hizo suspicaz, mientras ponía los ojos en blanco en un gesto de incredulidad.

—Son solo unos minutos —insistió Andrés—. Si logramos llegar al borde del muro, estaremos libres. Ella no puede saltar —afirmó con entusiasmo, en un último intento de evitar el desastre que se avecinaba.

—No creo que ella esté segura de eso... —dijo Carlos, justo antes de ver como Andrés comenzaba a correr. Sin acabar de decidirse, y tras el abandono patente de su amigo a su propia suerte, él mismo inició una carrera frenética en su persecución.

Corrieron tres, cinco, siete minutos, y en ningún instante volvieron el rostro. El esfuerzo por la carrera le hizo jadear nervioso mientras trataba de no perder la espalda de su compañero. Carlos no conocía el bosque como Andrés, y era consciente de que le sería fácil acabar desorientado si, como creía que era capaz, adelantaba la zancada sensiblemente más corta y pesada de su amigo.

—¡¡Más rápido!! —le gritó —Vas a tener que perder muchas libras de ese trasero gordo, Andrés, o no crecerás cuando des el estirón.

—¿Quién dijo esa burrada, Carlo? Mi aya dice que soy un muchacho sano, y que cuando crezca seré alto y delgado como padre... —jadeó entrecortadamente el chiquillo, a la vez que se erguía sobre sí mismo, intentando mantener el paso y disimulando la falta de resuello.

—Mientras no acabes bajo y regordete como tu aya...

—Si logramos llegar al muro, te haré tragar tus palabras... —Andrés simuló un gesto ofendido.

La risa de ambos muchachos, a ratos histérica, les hizo perder un tiempo precioso que su perseguidora aprovechó para alcanzarlos cuando aún no habían pasado al otro lado del muro.

La pared, de casi dos hombres de altura, rodeaba toda la hacienda manteniendo los terrenos privados de los dueños lejos de los campos de cultivo; en su mayoría viñedos, olivos y alcornoques centenarios, a los que sí accedían los temporeros cada verano. Construida de gruesas piedras desiguales, que habían sido apiladas y encajadas unas sobre otras sin apenas argamasa, el muro permitía ser escalado con facilidad, al menos por un par de muchachos sanos y fuertes.

Andrés, algo cargado por un exceso de peso típico de la preadolescencia, resopló al llegar al extremo superior y se paró apoyando cada pierna a un lado de la pared. Retiró los negros rizos que el sudor le había pegado a la frente y observó, casi con envidia, al ágil muchacho que escalaba rápidamente tras él. Carlos sí parecía haber comenzado a dar ese estirón del que tanto hablaban los mayores; delgado como un junco, pero fibroso y fuerte, su amigo perfilaba las formas de lo que parecía iba a ser un hombre excepcional.

—¡Muévete deprisa! —Antes de continuar hablando, Carlos miró un segundo hacia su espalda, lo justo para comprobar qué era lo que le había retenido en su subida—. ¡Me ha cogido un pie, Andrés! Salta de una vez y déjame espacio.

—¡Carlo!

De nuevo su nombre, y esta vez el lloro era mucho más evidente. El corazón de Carlos, excesivamente blando para un muchachote de su tamaño, se contrajo ante el sollozo.

—Lo sabe, ella lo sabe... —murmuró Andrés, mientras se disponía a saltar al otro lado del muro y descansaba recuperándose de la carrera que acababa de dar.

—¿Qué es lo que sabe? —Carlos aún alternaba la mirada, inquieto, entre su amigo y la mano que seguía apretándole el tobillo, incapaz de ignorar los sollozos que partían del pequeño y escuálido cuerpo tras ese brazo.

—Sabe que eres débil.

—¡Yo no soy débil...! Soy mucho más alto y fuerte que tú y...

—No esa debilidad, tonto. Ha visto cómo tus primos te pisotean sin que hagas nada por defenderte...

—Simplemente me han dado algún golpe; pero soy fuerte y puedo aguantar. Además, solo me golpean los pequeños y tienen menos edad que yo y...

—Y son tres, salvajes y malcriados... arropados por el matón de su hermano Gustavo, el odioso de tu primo heredero del ducado, ¡Puaj!

El simulacro de escupir acompañó las palabras de Andrés, mientras Carlos, finalmente derrotado por el llanto a sus espaldas, alargaba el brazo elevando y sosteniendo junto a su pecho el pequeño cuerpo, ya agotado, de la niña.

—¡Ven, Gitana!, o acabarás perdiendo los pocos dientes que te quedan en esa caverna que tienes por boca —dijo, señalando con la barbilla la encía sin incisivos frontales de su carga.

—¿Y encima hablas con ella?

—¿Y qué pensabas hacer? ¿Dejar que tu hermana se caiga desde aquí arriba? ¿No ves que está llorando? Tu aya nos matará si algo le pasa a la niña.

—Sabría bajar... tal como ha sabido subir —Andrés se sintió forzado a recalcar su punto de vista antes de comenzar el descenso hacia el otro lado de la pared.

—Sí, pero con algún hueso roto... —gruñó Carlos.

Luego, observó a la menuda criatura mientras la sujetaba haciendo que, como él, colocara una pierna a cada lado del muro para facilitar su estabilidad. Los siete años de la chiquilla, frente a sus trece, le parecieron entonces un abismo tan insalvable que se sintió casi como un padre. Cansado de verla sorber con hipidos, acabó por alargarle el sucio pañuelo que llevaba al cuello para que se sonara la llorosa

nariz. Con un último suspiro, la niña retiró el tejido y, con terror, miró el espacio que la separaba del suelo y de su propio hermano que ya se encontraba erguido al otro lado.

—¡A ver cómo bajas de ahí, María! Que sepas que no pienso ayudarte. No quiero que me pinches con esa cantidad de huesos que tienes cuando caigas sobre mí, Flaca — le espetó Andrés desde el suelo.

Los enredados rizos negros de la niña se agitaron desafiantes ante la mirada desaprobadora de su hermano. Luego, dirigiendo la profunda mirada negra al objeto de su devoción, mostró en todo su esplendor la cara tiznada.

—¿Carlo?

La pregunta sonó con una voz tan conmovedora que el muchacho no pudo evitar pegarla contra su torso, impidiendo que siguiera contemplando la altura a la que se encontraban. La abrazó, mientras se entretenía estudiando la forma de bajarlos desde esa altura sin que ninguno acabara magullado.

—No te preocupes, nunca dejaré que te pase nada, Gitana.

—Acabas de firmar tu sentencia, Carlo. Ya no te librarás jamás —profetizó Andrés.

Capítulo 1

El duque

Madrid, verano de 1815

Carlos solía pasar la vida en silencio. No era hombre dado a hablar demasiado, especialmente si no tenía mucho que decir. Se había sentido agobiado durante la infancia por la presencia de sus cuatro hermanas mayores quienes, quitando raras ocasiones, nunca le habían dirigido la palabra salvo para reñirle; realmente sí que le habían gritado más de una vez por colocar sus soldados de plomo sobre alguna labor de costura especialmente delicada, o sus manos, no excesivamente limpias, en sus carísimos vestidos. Pero por el contrario, siempre hablaban entre ellas en un constante runrún de conversaciones intrascendentes, en las que la frase más manida invariablemente era «papá hubiera querido...», «papá hubiera dicho...».

El Carlos adulto sonreía recordando esos momentos, consciente de que «papá», si no hubiera muerto en aquella desgraciada mala caída del caballo, jamás habría querido o dicho nada porque, si había alguien que mostrara sus sentimientos o hablara menos que Carlos, ese era su difunto padre.

Ser el sexto en la línea de sucesión de un ducado no era gran cosa. Aunque, a decir verdad, sonaba bastante bien si el numeral se decía con la suficiente rapidez. Él siempre hablaba lento, pero paradójicamente decía la palabra «sexto» con inusitada velocidad, y solo en las contadas ocasiones

en las que alguien le preguntaba expresamente por el dichoso ducado de Azahara.

No se trataba de falsa modestia, ni lo impulsaba la vergüenza. Le importaba un verdadero pimiento el susodicho título, pero le molestaba que siempre preguntaran por sus expectativas de alcanzar el altísimo grado nobiliario. Eso le obligaba a tener que dar explicaciones y detalles y, por tanto, decir más de dos palabras seguidas.

Bien, pues «cero» era siempre su directa, precisa y corta respuesta.

Las posibilidades de acabar siendo duque teniendo a sus cinco robustos, jóvenes y sanísimos primos, y a su tío el duque, por delante en la línea sucesoria eran nulas.

Casi las mismas posibilidades que habían pensado los detractores de Napoleón que tenía este de regresar de su prisión en la isla de Elba y volver a levantar a sus seguidores contra el resto de Europa.

Bueno, a veces hay que apostar por el caballo más lento. Quién sabe si durante la carrera los cielos vomitarán piedras o los suelos se abrirán bajo las poderosas pezuñas de los favoritos, y el último penco acabará ganando la carrera.

Como un jamelgo afortunado se sintió Carlos Ramírez de Aristrán y Rivas pocos instantes después de que el notario llamara a su puerta preguntando por el décimo duque de Azahara.

—Se confunde, caballero —corrigió Carlos al letrado, ante la mirada atónita del hombre al comprobar que el joven elegante, aunque a medio vestir, portando los aristocráticos rasgos de la familia ducal, le abría por él mismo la puerta—. El título es noveno duque de Azahara, y mi tío no vive aquí.

Mientras hablaba, señaló fastidiado la modesta residencia en la que vivía: con tan solo una cocinera, dos sirvientas y un viejo mayordomo, sordo y cojo, al que siempre debía sustituir abriendo la puerta si no quería que sus visitas se marcharan ante la impasibilidad del hombre. Estaba convencido de que sería evidente, para cualquiera con dos dedos de frente, que, pese a la digna apariencia de su hogar, un grande de España no viviría en semejante lugar.

—No me confundo. Se parece usted a su tío como dos gotas de agua, mucho más de lo que lo hacían sus rubios y difuntos hijos.

—¿Difuntos? —la mirada anhelante de Carlos hizo recular un par de pasos al notario—. ¿Quién de mis primos ha fallecido?

De acuerdo, esa panda de vagos borrachos no era santo de su devoción; pero caramba, al menos del más pequeño de ellos tenía algunos buenos recuerdos.

Bien, seamos precisos: buenos, buenos, lo que se dice buenos... Lo acertado sería decir que no tenía tan malos recuerdos, o experiencias relevantes relacionadas con palizas, chanzas y bromas pesadas de su parte. Principalmente porque, al ser casi diez años más joven, el muchacho no había tenido posibilidades de frecuentar los mismos colegios e institutos que él, ni siquiera los mismos lugares de juego o fiestas en verano, como habían hecho el resto, hasta contar cuatro, de sus hermanos.

Carlos agitó la cabeza recriminándose sus pensamientos. Al fin y al cabo, la familia era la familia y había que darle su lugar. Aunque cierta parte de ella se mereciera acabar en el pozo más profundo de sus recuerdos.

—¿Cuál de ellos ha fallecido, caballero? —volvió a preguntar, esforzándose en pronunciar con una entonación dolida.

—Lo siento, mi señor... Pensé que la noticia ya habría llegado a Madrid... En Sevilla no se habla de otra cosa desde hace días...

Mientras pronunciaba sus excusas el hombre, de unos sesenta años, delgado y algo encorvado, giraba entre sus dedos el sombrero de copa que había retirado de su cabeza.

—¿Y bien? —insistió Carlos a la vez que, involuntariamente, imitaba los gestos nerviosos del anciano y remetía en la cintura de sus pantalones los faldones de la larga camisa de lino blanco que cubría su torso.

—Todos ellos, señor... todos ellos.

—¿Todos mis primos han fallecido?, ¿los cinco?, ¿cómo?, ¿cuándo?

—Hace seis días... Al parecer, sus primos dejaron encendida una copa de picón[1] en el pabellón de caza donde dormían... Mala combustión, ya sabe... Una muerte desafortunada, aunque suave e indolora, gracias a los cielos...

—Pase, pase... —habló Carlos, notando por fin su falta de amabilidad, el lugar inapropiado para tan importante conversación y el aspecto desarrapado de su propia persona—, le ruego que me espere en este salón —dijo, indicando una puerta que permanecía abierta y daba paso a una estancia iluminada con lámparas de aceite—. Pediré que le traigan café mientras me visto.

El anciano se dejó conducir dócilmente por él.

—¡Cielos, pobre tío Gustavo! Por supuesto viajaré inmediatamente hasta Sevilla para estar con él. En estos momentos el dolor debe ser...

—Me temo que en estos momentos su tío no siente dolor...

—Bien, eran ciertamente molestos, pero no creo que su padre... —Carlos detuvo la frase cuando se encontró con el gesto compungido del letrado. El hombre agitaba la cabeza con negativa resignación mientras se persignaba formando la señal de la cruz sobre su rostro y pecho—. ¿Quiere decir que mi tío...? ¿Que él también...? No.

No, no, no.

Granada, junio de 1800 (unos años antes)

—No, no, no ¡No puede ser! —Carlos se notó mareado, asqueado e indefenso mientras miraba a su madre y a sus cuatro hermanas que cosían junto al amplio ventanal. Sintiendo temblar, sacudió la cabeza con determinación y escrutó la hermosa cara de la marquesa, su madre—. No lo puedes decir en serio.

Él y su hermano pequeño, Marcos, se encontraban de pie en la lujosa sala de costura del carmen[2] de Fuentedulce, en una de las múltiples casas de los marqueses de Mon-

teferro. Desde el salón, la habitación se abría hacia un amplio mirador que permitía contemplar la Alhambra. Las cinco mujeres pasaban allí las horas muertas desde que, hacía cuatro meses, la familia había instalado allí su hogar provisional. El quinto marqués de Monteferro, y padrastro de sus cuatro hermanas, entre los dieciséis y veinte años, y del propio Carlos, de trece, tenía intereses en la recogida de la aceituna y el procesado de aceite de oliva y había decidido que prefería tener a la familia cerca mientras duraba la producción.

Realmente, el hombre hubiera preferido moverse acompañado solo de su preciosa mujer y su único hijo, el pequeño y guapísimo Marcos, heredero del título. Pero había tenido que cargar con la molesta presencia de sus hijastras y del joven Carlos por exigencias de su esposa, una lozana mujer casi treinta años más joven que él.

El niño estaba tan alterado que ni notó que al hablar agitaba los brazos, en un gesto de soberbia desobediencia, mientras el quinteto de mujeres los observaban. Tampoco notó la súbita preocupación en la cara del chiquillo a sus espaldas, que lentamente sacudía la cabeza negando sus propias palabras.

—No, Carlos, mamá no bromea —la sentencia de su hermano de nueve años hizo a Carlos girar bruscamente el rostro. El muchacho, tan elegante como él pese a su corta edad, volvió a remarcar su gesto de negación —lo dice mamá, y cuando ella dice algo sabes que tenemos que obedecer —Aseguró, repitiendo las palabras que tantas veces había oído a su propio padre y, sin duda, tratando de asegurarse un punto más en la más que dilatada cuenta que ya tenía con él.

Y es que, a Marcos no le hacía falta siquiera abrir la boca para encantar al resto del mundo, su increíble aspecto exterior le aseguraba una rendición incondicional con solo pestañear.

—Me alegro que estés tan bien educado y tan de acuerdo conmigo, Marcos. Porque el tío Gustavo ha pedido también tu presencia en Cádiz... ya sabes que hay chicos de tu

edad. Pasareis allí todo el verano —la sonrisa de madurez desapareció de súbito del rostro del muchacho más pequeño, tornándose en el amago de un puchero ante las palabras de la marquesa.

—¡No, no, no, mami!, que vaya solo Carlos... Yo tengo pesadillas y te llamaré por la noche, ya sabes lo latoso que puedo ser. No, está claro que debe ir solo él. ¿No querrás molestar a la tía Carina, verdad? Seguro que...

La marquesa contuvo la sonrisa que acudió a sus labios ante las palabras de su hijo menor que, paradójicamente, estaba destinado a ser el futuro marqués de Monteferro, cuando el padre del niño, y segundo esposo de la mujer, falleciera.

—No te apures, me conmueve tu preocupación por tía Carina, pero tu hermana Aurora irá con vosotros. Ella se ocupará de cualquier necesidad que tengáis.

Al unísono, ambos niños giraron el asustado rostro hacia la figura espigada y rígidamente sentada a su derecha. Vestida por entero de gris plomo, la mujer casi se camuflaba con el tapizado del sillón en el que, más que sentarse, parecía que había sido clavada.

Decir que Aurora era un callo era quedarse muy corto. A sus veinte años, era la mayor y más soltera de las hermanas Ramírez de Aristarán; una auténtica bruja a la que ni siquiera la verruga en el lateral de la boca se le había negado. Nadie se explicaba cómo la hermosísima marquesa, famosa en medio Madrid por su belleza, había engendrado tal espécimen.

Si bien era cierto que ninguna de las hijas de la mujer había heredado su gracia y elegancia, en la mayor se habían concentrado los defectos. Fea como su abuelo y seca como su padre, decían las malas lenguas; y con el bigote de su tío Gustavo, el duque, añadían los más perversos. Bien, se ve que la mujer portaba con orgullo y empaque el mostacho familiar, ya que, a pesar de la continua insistencia de su madre, no era demasiado dada a eliminar de su rostro tal velluda distinción.